

Entre dos pasiones

Daniel Baldi

loqueleg

Don Bosco le había ganado dos a cero a Enrique López. En cuanto terminó el partido Sebastián salió corriendo hacia donde estaba su madre.

—Apurate —le ordenó Camila entregándole la campera—, no vaya a ser que te agarres una recaída.

La semana anterior Seba había pasado engripado. En los aburridos días de encierro su preocupación se había centrado en si llegaría a jugar el partido del fin de semana contra su clásico rival. Su madre se había pasado tranquilizándolo, diciéndole que si para el sábado no tenía fiebre, lo dejaría jugar.

Ahora, sentado en el asiento de acompañante del auto, Seba se lo agradecía mostrándole una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo me viste? —quiso saber.

—Jugaste bien —dijo ella—, aunque se notó que estabas un poquito falto de energía.

Seba estaba feliz por haber logrado jugar y haber convertido el segundo gol para su equipo.

—Cuando el lunes vaya al liceo se van a querer matar, sobre todo Martín —aclaró, haciendo referencia a un compañero de clase que jugaba en Enrique López—. Lucas me contó que pasó toda la semana diciendo que lo mío no era gripe, que era miedo.

Camila sonrió.

10 —A propósito del colegio... —Seba entrecerró los ojos sabiendo lo que se venía—, ¿cuándo pensás ponerte a hacer todos los deberes atrasados?

—¡Ufa!

—Sí, señorito. Hace cinco días que te vengo diciendo que los hagas y siempre me contestás que los vas a hacer el fin de semana.

—¿Mañana?

—Mañana es día de clásico y vas a querer verlo.

—¿Después del partido? —preguntó Seba, sabiéndose derrotado.

—Tu padre dijo que va a ir a verte después del partido.

—Sí —murmuró el niño—, siempre y cuando no gane Peñarol.

—Bueno —Camila llegó al edificio y entró el auto al estacionamiento—, los vas a hacer hoy y punto —sentenció.

Seba no replicó más nada. Su mamá tenía razón. Mañana jugaba Peñarol contra Nacional en el estadio y lo quería ver, y después quería estar con su padre, al que hacía diez días que no veía.

Cuando entraron en el apartamento ubicado sobre la calle Sarmiento, en el barrio Pocitos, Camila le ordenó que se fuera a bañar. En cuanto se cercioró de que estaba adentro de la ducha, llamó a su exmarido.

—¡Cami! —exclamó Chucky.

—Fernando —contestó ella—, era para recordarte lo que le dijiste a Seba respecto a que mañana vas a venir a verlo después del partido.

—Sí, sí —respondió—, en cuanto salga del estadio paso por ahí.

—¿Y si gana Peñarol?

Chucky ser rio.

—Quedate tranquila. Va a ganar seguro y yo voy a estar ahí seguro. En serio.

Camila arrugó la frente en un gesto de desconfianza.

—Está bien, espero que así sea.

—Chau —contestó Fernando y cortó.

12 El domingo amaneció soleado y en todo el Uruguay no importaba otra cosa que no fuera el superclásico. Peñarol-Nacional, Nacional-Peñarol, como lo anunciaban los periodistas.

Hacía dos semanas que Chucky (apodo con que se conocía al papá de Seba en la barra brava de Peñarol) venía preparando ese día con el afán de que todo fuera una verdadera fiesta. Con los demás integrantes de la barra habían mandado hacer una bandera nueva, compraron pirotecnia y habían conseguido veinte bolsas para basura llenas de papel picado, para tirar una vez que el equipo saliera a la cancha.

La barra se llamaba La Barra del Chucky, nombre obtenido luego de que su antiguo jefe, el Pucho Sosa, jefe de La Barra del Pucho, abandonara abruptamente su mandato tras un repentino ataque cardíaco.

Chucky heredó su trono. Pucho había sido su mentor. Desde que tenía 3 años Chucky había ido todos los fines de semana a ver a Peñarol de la mano de su padre (gran amigo de Pucho). El papá de Chucky murió

cuando él era apenas un niño y a partir de ese momento Pucho lo adoptó como el hijo que nunca había tenido. Lo cobijó bajo su ala y en cada partido se esforzó por dejarle una enseñanza nueva.

En la época de Fernando Morena, Pucho pasaba a buscar al niño por su casa y lo llevaba al estadio. En el medio de la tribuna Ámsterdam saltaban durante todo el partido gritando por su amado Peñarol, ganara o perdiera. Cuando terminaba, lo llevaba de vuelta a su casa y, antes de despedirlo, siempre le dejaba plata para la semana.

Pucho le enseñó los pormenores de la «profesión». Le explicó cómo se dirigían los hinchas, cómo había que ir a hablar con los jugadores y cómo había que hacerlo con los directivos. Le hizo entender el papel de él en cada partido.

Pucho le hizo grabar a fuego los principales códigos del hincha. Debía alentar y amar a su club más que a cualquier otra cosa y sobre cualquier eventualidad que pudiera suscitarse. La camiseta era siempre lo más importante. Una vez terminado el partido debía empezar a preparar el siguiente, salvo uno, el especial, el clásico frente al innombrable, frente a las gallinas, frente a Nacional. Ese partido había que prepararlo con más antelación que los demás porque entonces tenía que saltar y gritar más que el rival, el único rival en todo el Uruguay que llevaba al estadio la misma cantidad de personas que ellos. Tan solo había dos de esos partidos

en todo el año, con suerte tres o cuatro si se cruzaban en alguna copa internacional o si había finales, y todos, absolutamente todos, tenían que ser especiales. Había que ganarlos tanto en la cancha como afuera, en las tribunas. El clásico era el duelo máximo entre las hinchadas. Había que desplegar más pirotecnia que Nacional, tirar más papeles, hacer más ruido y, si la cosa seguía afuera, había que defender sus colores a capa y espada, batallar contra los de rojo, azul y blanco, ganarles en todo terreno, defender la gloriosa casaca mirasol con honra y honestidad. Eso sí, como hombres, con códigos, sin armas.

Cuando Pucho murió, Chucky ya estaba preparado para heredar el mandato. Asumió el rol de jefe con hidalguía y lo defendió hasta transformarse en el verdadero líder que era hoy. Todos en la barra lo conocían y respetaban. Chucky había sido un hijo para Pucho y nadie protestó cuando, luego de su muerte, comenzó a impartir órdenes dentro del nutrido grupo de hinchas carboneros que se ubicaban en el corazón de la tribuna Ámsterdam.

Ahora, a dieciséis años de la muerte del viejo líder, cada cosa que Chucky ordenaba dentro de la barra era obedecida sin objeción. Él era el jefe y los integrantes de la barra sabían que debían defender su gloriosa casaca, alentarla y apoyarla, de la misma manera que debían escuchar y acatar sus órdenes.

Tan solo dos veces desde que Chucky era jefe tuvieron que escapar corriendo, deshonra máxima en el código de barras bravas. Una fue a la salida de un clásico, una vez que los comandados por Pato Cuevas (el jefe de la barra brava tricolor) se cruzara con ellos antes de llegar a la avenida Ricaldoni. La otra fue en una copa Libertadores contra un grupo de hinchas de River Plate argentino, a la salida del Monumental de Núñez. En ambas, Chucky mandó correr tras comprobar que no había manera de vencer al oponente, y que quedarse y pelear era sinónimo de suicidio.

La primera, contra su archienemigo Pato Cuevas, había sido un error suyo. Creyendo que todo había terminado luego de un clásico aburrido y sin goles, había decidido irse caminando para su casa junto a un integrante más de la barra. El clásico había terminado de noche y estaban cruzando el Parque Batlle cuando una repentina aparición de más de diez hinchas tricolores hizo que asumiera su gran error personal y ordenara correr. El error había sido confiarse. «Un hincha nunca debe confiarse», le había dicho Pucho alguna vez.

Cuando Chucky se vio sin querer en medio de la barra de Pato, uno de los de Nacional gritó y ambos jefes cruzaron las miradas. El de Peñarol ordenó la retirada.